

ALFREDO JIMÉNEZ: EL MAESTRO DISCRETO

POR ELÍAS ZAMORA ACOSTA

Excelentísimo Sr. Director de la Real Academia Sevillana
de Buenas Letras,
Excelentísimos Señoras y Señores Académicos,
Familia de Alfredo Jiménez,
Señoras y señores.

Quiero comenzar mi intervención en esta sesión extraordinaria de tan magna institución expresando mi agradecimiento a su Director, el Dr. Rafael Valencia, por haber tenido la gentileza de invitarme a participar en este acto de homenaje a quien fue mi maestro tanto en la disciplina científica como en la vida académica, quien me inició en el campo de la Antropología Cultural y quien fue mi faro y guía en el modo de ser universitario.

En aras de cumplir con la intención del acto y de la brevedad que se me pide, organizaré mis palabras en tres apartados. En primer lugar, dedicaré unas líneas a describir mi relación con el Profesor Alfredo Jiménez, lo que podría justificar que, sin ser miembro de la Academia, tenga el honor de ser invitado a participar en este acto. En segundo lugar, trataré de glosar la figura de Alfredo Jiménez como universitario y aca-

démico, un aspecto de su vida y de su personalidad que marca profundamente toda su biografía y que dejó rastro fructífero en la Universidad de Sevilla. Finalmente, dedicaré unas líneas, como no podría ser de otro modo, a mostrar lo que el Dr. Jiménez Núñez aportó al desarrollo de la Antropología Cultural en España, disciplina en la que fue uno de los pioneros.

I. MI RELACIÓN CON ALFREDO JIMÉNEZ

Corría el primer trimestre del curso 1972-1973 (hace ya mucho tiempo, como casi de todo). El profesor Jiménez Núñez desarrollaba las primeras clases del curso de Historia de América Prehispánica, materia de la que era catedrático en la Universidad de Sevilla tras la marcha de José Alcina a Madrid. La asignatura correspondía al primer año de la especialidad de Historia de América.

Como el estudio de las culturas y las sociedades americanas previas a la conquista castellana se había llevado a cabo fundamentalmente por antropólogos culturales, Alfredo Jiménez dedicaba las primeras semanas de su asignatura a introducir a los alumnos en los conceptos fundamentales de la Antropología Cultural que en aquellos tiempos no tenía un espacio propio en la universidad española.

Uno de los temas que más le interesaba en esta parte de la asignatura era la distinción que se hacía entre Antropología e Historia: un tema clásico en la discusión teórica y metodológica de aquellos años, que atravesaba asimismo la distinción entre Antropología Social y Antropología Cultural. Por su interés en lo que denominaba la Etnohistoria, tomaba partido por la Antropología o la Antropología Histórica frente a la Historia. Fernand Braudel era para él uno de los mejores ejemplos de historiador, mientras que no era muy partidario, por ejemplo, de la filosofía de la historia de Arnold J. Toynbee

En una de aquellas clases, un joven alumno bastante sabihondo y algo insolente le espetó a bocajarro algo así como “No estoy nada de acuerdo con lo que dice: creo que no

maneja toda la información que debería en esta discusión”. El profesor Jiménez Núñez, con la ceja derecha algo arqueada, miró de soslayo al alumno y pidió una aclaración sobre el contenido de aquella intervención. “Si hubiera leído los *Combates por la Historia* de Lucien Febvre o la obra de Giambattista Vico, tendría un concepto un poco más complejo y positivo de la historia”, le contestó el alumno. La ceja del profesor seguía arqueada, ahora acompañada por una socarrona sonrisa, mezcla de sorpresa y sarcasmo, por el atrevimiento del joven estudiante.

La intervención siguió en términos que no puedo recordar con precisión y la clase continuó ante el estupor del resto de los alumnos que asistían sorprendidos a la situación creada. Aquel joven alumno sabihondo e insolente no era otro que quien les habla desde este estrado. Ese momento supuso el primer encuentro entre mí mismo y quien después sería mi maestro, al que ahora quiero rendir merecido homenaje.

Aquella intervención fue el fruto algo atrevido de las orientaciones que el curso anterior tuvo la suerte de recibir de parte de D. Antonio Bonet Correa, a la sazón catedrático de Historia del Arte Hispanoamericano de la Hispalense, a cuyas clases tuve la fortuna de asistir los dos primeros años de mis estudios de licenciatura.

Solía yo ir a estudiar a la biblioteca del seminario de Arte Hispanoamericano en donde estaba el despacho de Bonet, un profesor heterodoxo para lo que solía en la vetusta Fábrica de Tabacos (siempre recordaré sus clases en las que para explicar la forma y función de los arbotantes en la arquitectura, comenzaba hablando del gótico, seguía con Viollet-Le-Duc, y terminaba con los aviones a reacción y las curvas de Sofía Loren). Heterodoxo profesor y algo molesto para sus vecinos de las tres plantas de aquello que llamábamos el Patio de Arte, al que recientemente, por fin, la Universidad de Sevilla ha reconocido y honrado con el Doctorado Honoris Causa.

Don Antonio salía de su despacho y se paraba a charlar con los pocos estudiantes que frecuentábamos aquella larga mesa de la biblioteca de su seminario. A veces me convidaba

a tomar un café con él. En aquellos ratos se interesaba por mis estudios y me recomendaba lecturas. Las que le cité aquel día a mi maestro procedían de esas charlas en las que tanto aprendí y a las que tanto debo. Fue también entre los libros de aquella biblioteca de Arte Hispanoamericano donde oí hablar por primera vez de Alfredo Jiménez. Y también por parte de Bonet Correa.

Los primeros años de la década de los setenta del siglo pasado fueron convulsos en la universidad española y también en la de Sevilla. En 1971 tocaba elegir nuevo Decano de nuestra Facultad de Filosofía y Letras y se había reunido con ese fin la Junta de Facultad. No había muchos profesores dispuestos a asumir esa responsabilidad en esos años del fin del franquismo. Volvió D. Antonio Bonet de la Junta y le preguntamos: ¿quién ha sido elegido? La respuesta fue taxativa: Alfredo Jiménez, un joven y reciente catedrático con más voluntad que experiencia. No imaginaba entonces cómo se iba a unir mi vida a la de aquél joven catedrático que tenía el valor (y pardiez que no era precisamente un hombre osado o intrépido) de ponerse al frente de la Facultad en aquellos agitados años. Una muestra más que evidente de su vocación universitaria y su afán por aportar al bien discurrir de la institución de la que formaba parte.

Avanzado el curso, la Antropología que aprendí de D. Alfredo ya me había conquistado. Hasta ese momento, fascinado por las clases que impartía Bonet Correa y por sus enseñanzas no formales, yo estaba decidido a estudiar la especialidad de Historia del Arte. Fue el mismo Bonet quien me convenció de que no lo hiciera: “No, Elías. Te digo lo mismo que he aconsejado a mi hijo Juan Manuel (que estudiaba también en la Facultad). Estudia Historia y después, si quieres, te dedicas a la Historia del Arte”.

Así lo hice. Pero como tenía interés por el mundo americano (para ganar unas *perras* había comenzado en 1970 a trabajar como copista en el Archivo General de Indias para el Hermano Nectario María, un miembro del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas que,

entre otras cosas, era en aquel momento Agregado Cultural de la Embajada de Venezuela en España) me matriculé en la especialidad de Historia de América, donde mi vida se cruzó con la de D. Alfredo.

Al finalizar aquel curso, con un poco de inocencia y algo de la desfachatez propia de la juventud, fui al despacho del Profesor Jiménez Núñez para pedirle que avalara con su firma mi solicitud de una Beca de Colaboración que en la convocatoria para el curso 1973-1974. Con esa firma se comprometía a que, en caso de que la beca me fuera concedida, como efectivamente sucedió, me admitiría como becario-colaborador en Departamento de Antropología y Etnología de América, del que era director. Ahí fue donde descubrí la verdadera calidad de don Alfredo: me volvió a mirar de medio lado, sonrió con socarronería y, después de un corto interrogatorio, firmó mi petición. Le parecía que aquel joven algo insolente y sabihondo merecía una oportunidad y se la dio.

El curso siguiente fui a Madrid y me acerqué a visitar a Bonet Correa a su despacho de la Complutense a donde se había trasladado después de la jubilación de Don Diego Angulo, para tratar sobre la propuesta que me había hecho de la publicación de un artículo en la revista *Archivo Español de Arte* sobre un plano del desaparecido edificio de correos de la Ciudad de Guatemala¹ que yo había descubierto en mis trabajos en el Archivo General de Indias para el Hermano Nectario María, y para comentarle mi interés por la Antropología Cultural y la decisión que había tomado de dirigir mi carrera en el ámbito de esa disciplina. Le pareció muy bien y me animó a seguir adelante.

Había comenzado así mi carrera profesional en la que se aunaba la vida universitaria, la Antropología y el Americanismo de la mano de Alfredo Jiménez, americanista y antropólogo, al tiempo que un universitario vocacional como he conocido pocos.

1. Elías ZAMORA ACOSTA, "La Administración de Correos de Nueva Guatemala". *Archivo Español de Arte*, 44 (188): 397-400, Madrid, 1974

Don Alfredo, por mi deseo y admiración y por su magnanimidad, se convirtió así en mi maestro. Aquella firma de aceptación y la concesión subsecuente de la beca marcaron el inicio de mi carrera académica en el Departamento de Antropología y Etnología de América de la Universidad de Sevilla, y el comienzo también de una relación académica que fue muy intensa hasta la marcha de mi maestro a las oficinas de la Comisaría de la Exposición Universal de 1992. Una relación que fue estrecha en el campo profesional pero también en el personal y familiar. Eso me permitió compartir con él muchas circunstancias vitales y muchas conversaciones de las que aprendí no sólo de Antropología y Americanismo (que también) sino de cómo ser universitario y cómo ser persona.

II. EL UNIVERSITARIO

Quiero dedicar ahora el resto de mi intervención a presentar una semblanza del Dr. Alfredo Jiménez en su doble papel de profesor universitario y de actor principal en el desarrollo de la Antropología Cultural en España, dos caras de una misma actividad académica que, unidas, reflejan la calidad profesional y humana de un maestro que lo fue mío, pero también de otros jóvenes de éste y del otro lado del Atlántico.

Alfredo Jiménez era un universitario ejemplar. Junto con su familia (pero no en un plano inferior) la Universidad formaba parte fundamental de su vida. Siempre se preocupó del destino y el buen funcionamiento de la institución. Por ello ejerció cargos de responsabilidad académica como el ya citado decanato en tiempos de dificultades políticas importantes. Y nunca, a menos que tuviera motivos de causa muy mayor, faltó a una Junta de Facultad.

Del mismo modo que acudía a trabajar a su despacho mañana y tarde, cuando era común que en aquellos años, alguien que había alcanzado su posición, dedicara mucho menos tiempo a las tareas académicas, al menos de una forma presencial. Para Alfredo Jiménez, con un sentido exagerado de la responsabilidad, la academia era su deber por encima de

cualquier otra cosa. La universidad no era para él un medio para conseguir un fin, cualquiera que éste fuera, lo que era común en la fauna universitaria. La universidad era para él un fin en sí mismo. O mejor, el fin.

Esta actitud se hizo evidente de forma especial en la organización y funcionamiento del Departamento de Antropología y Etnología de América que tuvo que poner en marcha a partir de 1967, después de la marcha de José Alcina a la Universidad Complutense. El Departamento estaba organizado de una manera ejemplar y casi única en la Universidad Hispalense. La experiencia norteamericana del Profesor Alfredo Jiménez fue esencial en esto.

Por su empeño, el Departamento disponía de una completísima biblioteca de textos y revistas especializadas perfectamente organizada (sin duda la mejor de España en el campo de la Antropología Cultural en aquel tiempo). Una colección de publicaciones –las Publicaciones del Seminario de Antropología Americana– que servía no sólo para que los miembros del Departamento publicaran sus trabajos, sino también como base para un sistema de intercambio como no he vuelto a ver y que nos permitió acceder a textos muy especializados, fundamentalmente publicados en universidades norteamericanas. En definitiva la base para una biblioteca extraordinaria y única.

Y un sentido de la organización y funcionamiento de un Departamento universitario muy moderno cuando la universidad española, al menos la sevillana en la que yo me estaba formando, era extremadamente casposa. Alfredo Jiménez era un hombre de pensamiento conservador (muy conservador diría yo), pero era un universitario progresista, muy avanzado para lo que se usaba en la década de los setenta del pasado siglo. En esto era un hombre muy moderno: seguro que su experiencia en Chicago tuvo mucho que ver con ello. Pudiendo ejercer la suerte de poder (algo mezquino, es preciso decirlo) que se ejercía en los espacios académicos, se comportaba como un demócrata convencido cuando no había aún tal cosa en la sociedad española.

Aquel espacio académico que era el Departamento de Antropología y Etnología de América era un ámbito caracterizado por la libertad de pensamiento y acción. El único límite era el cumplimiento de las obligaciones docentes. Aunque hoy pueda parecer algo común y obvio, lo que yo percibía en aquella universidad de mediados los años setenta no era precisamente eso. Tanto fue así que algún profesor del Departamento que después ocuparía una relevante posición académica, y que siempre fue extremadamente crítico (y hasta agresivo) con Alfredo Jiménez, se habría jubilado en otra universidad o quizás como profesor de instituto, quien sabe si del San Isidoro, de haber dado con un director de Departamento de los que solía en aquella universidad de los años setenta y primeros ochenta del pasado siglo.

Alfredo Jiménez ponía el mismo celo en la docencia que en el cumplimiento de sus obligaciones institucionales. Fui testigo directo de que nunca fue a impartir una clase sin haber previamente repasado sus notas en la soledad del despacho. Lo que se percibía claramente en el desarrollo de las clases: precisas y ordenadas. Siempre preocupado porque los estudiantes comprendiéramos el sentido exacto de su discurso. Lo que después se convirtió en una práctica común y hasta en una obligación reglamentada, era norma en la actividad docente de Don Alfredo: programas bien ordenados y adaptados a la finalidad de la asignatura, bibliografías seleccionadas y lecturas específicas para cada uno de los temas... Y contenidos permanentemente actualizados conforme iban avanzando los conocimientos en las áreas en las que impartía la docencia. El tiempo que dedicaba a la lectura de las últimas investigaciones publicadas en las revistas especializadas (que llegaban al Departamento con regularidad) se veía inmediatamente reflejado en sus exposiciones en el aula. Una actitud extraordinaria en un medio en el que algunos profesores llevaban a clase notas en fichas de papel amarillento por el paso del tiempo.

La misma precisión, exactitud y rigor que se imponía para la docencia, la reclamaba también para la investigación.

Alfredo Jiménez era un investigador original, sistemático y riguroso. Como tenía una sólida formación académica, adquirida fundamentalmente en su estancia en la Universidad de Chicago, planteaba siempre proyectos de investigación muy elaborados y bien definidos. El rigor y la sistematicidad con que planteaba la investigación hacía que, a veces, el desarrollo fuera lento. Pero una vez que el proyecto estaba bien definido los frutos no se hacían esperar. El *Proyecto de Investigación Hispano-Latinoamericano*² realizado conjuntamente con el Departamento de Antropología de la Universidad de Pennsylvania, al que haré referencia más adelante, es una buena muestra de lo que digo.

Como era buen investigador y buen docente, ser tutelado por el Dr. Alfredo Jiménez en la realización de una tesis de doctorado era una garantía de que el resultado iba a ser exitoso. Riguroso en el planteamiento de la investigación, ponía empeño en la metodología, en las técnicas de recolección de datos y en el análisis y elaboración de los resultados. Por experiencia propia puedo decir que su dirección suponía ser objeto de una atención y de un rigor extremos. Seguía paso a paso el proceso de investigación; leía y corregía hasta en los más mínimos detalles cada una de las partes de la memoria, prestando atención no sólo las cuestiones de método o de coherencia de los resultados, sino también las que podrían considerarse tan nimias como la correcta sintaxis o el uso preciso del vocabulario. Un ejercicio de magisterio que sus discípulos nunca podremos agradecer suficientemente y que a su vez, a los que nos hemos dedicado a la vida académica, nos ha servido de guía en nuestro propio trabajo: en eso su magisterio ha tenido continuidad.

2. Véase Alfredo JIMÉNEZ NÚÑEZ, "Etnohistoria de Guatemala. Informe sobre un proyecto de antropología en archivos", *Anuario de Estudios Americanos*, 33 (1976), pp. 459-499.

III. ALFREDO JIMÉNEZ Y LOS COMIENZOS DE LA ANTROPOLOGÍA EN ESPAÑA

Tengo interés ahora en destacar algún aspecto del papel que el Profesor Alfredo Jiménez jugó en el desarrollo y la institucionalización de la Antropología Cultural en España. Quiero así expresar la necesidad de escribir una historia de la disciplina diferente de la que se ha venido contando en los últimos veinte años que, por intereses espurios, ha obviado su figura como una de las centrales en ese proceso³.

Dejando aparte la discusión acerca de si la Antropología Cultural comienza a existir como una disciplina distinta y distinguida en España en el siglo XVI (posición que defendería Alfredo Jiménez) o como consecuencia de la obra de Antonio Machado y Álvarez –traductor como saben de la obra de E. B. Taylor– y las sociedades de folkloristas (posición defendida por los partidarios de la opción de la Antropología Social y del sector nacionalista), lo cierto es que en los años sesenta del pasado siglo la Antropología sólo existía en España de una manera marginal y, desde luego, no institucionalizada. Mediada la centuria, en España la única referencia para la Antropología era la figura polifacética de Julio Caro Baroja. Fue por ello por lo que el antropólogo norteamericano George M. Foster pidió colaboración a Julio Caro, a la sazón Director del Museo del Pueblo Español, en el viaje de reconocimiento etnográfico por España que llevó a cabo entre 1949 y 1950, tanto en lo que tuvo que ver con la bibliografía como con el trabajo de campo⁴. Es interesante notar que quienes han pretendido que la Antropología se funda en España *ex novo* en la década de los setenta del siglo XX consideraban que su obra

3. Sobre este asunto tuve la oportunidad de publicar una breve aproximación hace algunos años: ELÍAS ZAMORA ACOSTA, “Mitos de origen, justificaciones académicas y desarrollo de la antropología andaluza”, *Demófilo. Revista de Cultura Tradicional*, 11 (1993), pp. 41-55.

4. George M. FOSTER, “Report on an ethnological reconnaissance of Spain”, *American Anthropologist*, vol. 53 n° 3 (1951), pp. 311-325.

no formaba parte de la disciplina antropológica o directamente lo olvidaban en sus textos⁵

Aparte de las aportaciones de Caro Baroja y de la utilización de datos etnológicos que hicieron prehistoriadores como Lluís Pericot y Joan Maluquer, en la estela académica de Pere Bosch Gimpera, que por razones diversas no dieron lugar a la institucionalización académica de la disciplina, la Antropología se desarrolló en España a partir de una de sus ramas, la Antropología americanista. En esto tuvo un papel fundamental José Alcina Franch en su período como catedrático de Historia de América Prehispánica y Arqueología Americana en la Universidad de Sevilla. La arqueología y el estudio de la historia y la cultura de los pueblos indígenas de la América precolombina, de manera diferente a la prehistoria y la historia antigua del Viejo Mundo, se desarrolló en las universidades americanas en el seno de los departamentos de Antropología y en estrecha relación con esta disciplina. De modo que Alcina, aunque tuvo una formación inicial en arqueología del Viejo Mundo, al interesarse por el estudio de las sociedades de la América Prehispánica tuvo que hacerlo utilizando la Antropología Cultural como marco disciplinar. Es la razón fundamental para que la formación en Antropología Cultural que se recibía en la Universidad de Sevilla, y posteriormente en la Complutense, se hiciera en el ámbito de los estudios de Licenciatura en Historia de América.

Impulsado por José Alcina, una vez concluidos sus estudios de licenciatura en Historia de América, Alfredo Jiménez marchó a cursar un Máster en Antropología Cultural en la Universidad de Chicago, uno de los centros más importantes del mundo en el desarrollo de la Antropología Cultural (junto con la Universidad de Columbia en Nueva York) después de que Franz Boas lograra institucionalizar la disciplina en los Estados Unidos a finales del siglo XIX.

5. Isidoro MORENO NAVARRO, "La antropología en Andalucía. Desarrollo histórico y estado actual de las investigaciones", *Ethnica* 1 (1971), pp. 108-144; Encarnación AGUILAR CRIADO, "Del folklore a la antropología en Andalucía: 1881-1993. Balance de un siglo de continuidades y discontinuidades". *El Folklore Andaluz* 10 (1993), pp. 91-118.

A Chicago se fue con su esposa y sus dos hijas mayores para hacer lo que muy pocos españoles pudieron hacer en aquel tiempo: formarse en el extranjero. De allí volvió con un diploma de Máster en Antropología y una hija más, después de una larga estancia en Nuevo México, donde llevó a cabo el trabajo de campo para su Tesis de Máster defendida en 1965, que se publicaría en España en 1974⁶.

Recién llegado a España con ese bagaje, junto con José Alcina Franch, Claudio Esteva Fabregat (que se había formado en Antropología en México y doctorado en Historia de América en Madrid en 1958), y Carmelo Lisón Tolosana (que había vuelto de hacer su doctorado en Antropología Social en 1963 en la Universidad de Oxford) participó en la creación de la Escuela de Estudios Antropológicos (1965) en la que durante su corta historia se formaron los jóvenes que, ahora jubilados, contribuyeron junto con aquellos maestros a institucionalizar la Antropología en España.

En Sevilla, primero con carácter interino y después como catedrático titular, continuó y fortaleció la línea iniciada por Alcina, consolidando así la Antropología en la universidad, primero continuando la labor iniciada por Alcina en el Seminario de Antropología Americana y después mediante la creación del Departamento de Antropología y Etnología de América, fundamento y origen del actual Departamento de Antropología Social de nuestra universidad.

En el seno de ese Departamento desarrolló una ingente tarea docente e investigadora: proyectos de investigación, publicaciones y dirección de doctorados que produjeron un gran número de discípulos (entre los que me encuentro) que fuimos el origen de los actuales estudios institucionalizados de Antropología Social y Cultural en la Universidad de Sevilla. En el Departamento permaneció hasta que en 1985 el Comisario General para la Expo 92, Manuel Olivencia, le pidió que se ocupara de la Oficina de Asuntos Culturales de la Exposición

6. Alfredo JIMÉNEZ NÚÑEZ, *Los hispanos de Nuevo México. Una contribución a la antropología de la cultura hispana en USA*, Publicaciones del Seminario de Antropología Americana, Sevilla, 1974.

Universal de Sevilla. Ahí desarrollo una ingente labor hasta que en 1991, como consecuencia de la dimisión del Comisario Olivencia, volvió a la universidad, el lugar que consideraba su casa.

Sólo algunas razones que tuvieron más que ver con cuestiones de índole personal asociadas a su carácter que con argumentos académicos, le llevaron a que, con la aplicación de la Ley de Reforma Universitaria impulsada por el primer gobierno de Felipe González, decidiera adscribirse al Área de Conocimiento de Historia de América y no a la de Antropología Social (que tanto había contribuido a consolidar) y en consecuencia a formar parte del Departamento de Historia de América y no del recién creado de Antropología Social en el que nos insertamos la mayor parte de sus discípulos sevillanos.

Esta decisión no impide que sea obligado reconocer que Alfredo Jiménez fue uno de los pilares de la construcción de la Antropología Cultural en España, tanto por su presencia en todos los momentos fundacionales de la institucionalización de la disciplina en España, como por sus aportaciones en forma de proyectos de investigación y de publicaciones especializadas y, desde luego, por la cantidad de discípulos que hoy desempeñan sus tareas docentes e investigadoras en las universidades españolas e hispanoamericanas.

Junto con Claudio Esteva Fabregat y Carmelo Lisón Tolosana, Alfredo Jiménez era de los pocos españoles que se habían formado académicamente en Antropología Social y Cultural en los centros más importantes de la disciplina: Escuela Nacional de Antropología e Historia de México, Universidad de Oxford y Universidad de Chicago respectivamente. Con ellos y con José Alcina Franch contribuyó a colocar los cimientos de la disciplina en nuestro país. Suya fue también la iniciativa para la organización de la «Primera Reunión de Antropólogos Españoles» que se celebró en Sevilla en 1973⁷, en la que por primera vez se encontraron todos los que en aquel

7. Alfredo JIMÉNEZ NÚÑEZ (edit.), *Primera Reunión de Antropólogos Españoles. Actas, comunicaciones, documentación*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1975.

año tenían algo que ver con la Antropología (incluidos los antropólogos físicos): los maestros y los jóvenes, algunos de ellos aún en proceso de doctorado, que después fueron cogiendo el relevo en la institucionalización de la disciplina. Aquella reunión convocada y organizada por Alfredo Jiménez, fue el germen de los congresos que con periodicidad trienal reúnen en España a todos los antropólogos que trabajan tanto en el campo de la docencia y la investigación como en las administraciones públicas, las empresas y las organizaciones sociales.

En el campo de la investigación, Alfredo Jiménez impulsó líneas y proyectos pioneros en la Antropología española. A la vuelta de Chicago, comenzó uno de los proyectos de investigación más ambiciosos de cuantos se llevaron a cabo en el Departamento de Antropología y Etnología de América: se trata del antes citado *Proyecto de Investigación Hispano-Latinoamericano* realizado en colaboración con el Dr. Ruben E. Reina, entonces *chairman* del Departamento de Antropología de la Universidad de Pennsylvania. Se trataba de un proyecto pionero que se situaba en el ámbito de lo que poco tiempo antes el antropólogo estadounidense George M. Foster, profesor de la Universidad de California en Berkeley, denominó *cultura de conquista y cristalización cultural*⁸.

Se trataba de comprender cómo había tenido lugar el proceso que, como consecuencia de la conquista española de las tierras y sociedades indígenas americanas, dio lugar a las actuales sociedades biológica y culturalmente mestizas en la América Hispana. El ámbito del proyecto sería el que en tiempos coloniales estaba delimitado por la Audiencia de Guatemala. Era un proyecto innovador en el campo de la Antropología Cultural porque se trataba de hacer un análisis antropológico de la sociedad colonial de la Audiencia de Guatemala a partir de la documentación escrita existente fundamentalmente en el

8. George M. FOSTER, *Culture and Conquest: America's Spanish Heritage*, Viking Fund Publications in Anthropology No. 27, Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, New York, 1960. (Versión española: *Cultura y conquista: la herencia española de América*, Universidad Veracruzana, Xalapa, México, 1962)

Archivo General de Indias (AGI) en Sevilla y el Archivo General de Centroamérica (AGC) en Guatemala. Es decir, hacer un estudio etnohistórico (o de Antropología Histórica) de la sociedad colonial. El aspecto innovador residía precisamente en el hecho de que se trataba de estudiar fundamentalmente a la sociedad de los conquistadores y no sólo a la población indígena, mientras que la Etnohistoria se había dedicado hasta ese momento con exclusividad al estudio de las sociedades históricas no occidentales⁹. La aproximación (como todas las innovaciones) resultó extraña para lo que se usaba en los setenta del siglo pasado pero, dos décadas después, lo que Alfredo Jiménez denominaba entonces Etnohistoria fue universalmente reconocido y valorado en el ámbito disciplinar, ahora con la denominación de Antropología Histórica.

De este primer proyecto se derivaron seis tesis doctorales que fueron publicadas en forma de libros, y un buen número de artículos publicados en revistas especializadas, que ahora no es el caso enumerar¹⁰. Pero quizás su contribución más importante, por lo que tiene de instrumento para posteriores análisis, ha sido la creación de un repositorio documental sistematizado que reúne un ingente número de documentos tanto del AGI como del AGC, que se encuentra depositado al servicio de los investigadores en el Departamento de Historia de América de la Universidad de Sevilla.

El *Proyecto de Investigación Hispano-Latinoamericano* culminó formalmente en 1975 y tuvo continuidad en otro proyecto titulado *Cambio Cultural en el Occidente de Guatemala*, realizado en colaboración con el Departamento de Antropología y Etnología de América de la Universidad Complutense y

9. Alfredo JIMÉNEZ NÚÑEZ, "La antropología y la historia de América", *Revista de Indias*, 107-108 (1967), pp. 49-87; "El método etnohistórico y su contribución a la antropología americana", *Revista Española de Antropología Americana*, 7 (1972), pp. 163-196; "Sobre el concepto de etnohistoria", en A. JIMÉNEZ (comp.), *Primera Reunión de Antropólogos Españoles*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1975, pp. 91-105; "Etnohistoria de Guatemala...".

10. El lector interesado podrá encontrar referencias en Alfredo JIMÉNEZ NÚÑEZ (comp.), *Antropología Histórica: la Audiencia de Guatemala en el siglo XVI*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1997.

con el Departamento de Antropología Cultural de la Universidad de Barcelona. Continuando con la línea de investigación del anterior, en este caso se trataba de comprender cómo habían llegado a formarse las sociedades indígena y criolla de esa parte de Guatemala analizando la dinámica cultural del territorio desde los tiempos del Formativo hasta el siglo XX. Los profesores Alcina Franch y Esteva Fabregat coordinaban respectivamente los análisis de los tiempos prehispánicos y contemporáneos. El profesor Jiménez Núñez dirigió el estudio de los procesos de cambio que se produjeron durante el período colonial. De ese proyecto se derivaron muchos resultados, sobre todo en lo que tuvo que ver con los períodos prehispánico y colonial, entre ellos mi propia tesis doctoral¹¹.

Paralelamente Alfredo Jiménez, un trabajador incansable, llevaba a cabo otros proyectos de carácter etnológico al margen de su interés en la etnohistoria de la Audiencia de Guatemala. En 1978 se publicó su *Biografía de un campesino andaluz*¹², un original estudio de la evolución de la Andalucía rural durante el siglo XX, a partir de la autobiografía de un campesino vecino de Villamanrique de la Condesa, un municipio del suroeste de la provincia de Sevilla. No se trataba sólo de un libro de memorias. Si el libro refleja la vida de Antonio desde lo que él recordaba en el contexto del mundo rural andaluz, también es un muy interesante ensayo de utilización del método autobiográfico para la construcción del relato etnográfico. Un estudio que por su interés mereció una segunda edición ampliada.

Este interés por el ensayo de nuevas metodologías y por afrontar nuevos retos en el campo de la Antropología llevo a Alfredo Jiménez a iniciar el primer proyecto de investigación en Antropología Urbana que se llevaba a cabo en España, que a su vez fue un ensayo de aplicación de los conocimientos generados

11. ELÍAS ZAMORA ACOSTA, *Los mayas de las tierras Altas en el siglo XVI. Tradición y cambio en Guatemala*, Diputación Provincial de Sevilla, Sevilla, 1985.

12. *Biografía de un campesino andaluz. La historia oral como etnografía*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1978 (segunda edición ampliada, 2014).

por la investigación antropológica. Así, en 1981 planteó el proyecto titulado *Análisis de la situación de la educación en Sevilla en relación con las variables sociales, culturales y económicas más significativas: importancia de los factores extraescolares en el análisis y planificación de la educación*. El proyecto era la continuación lógica de la búsqueda del modo en que la Antropología podía colaborar con la planificación pedagógica, que se plasmó en un libro publicado en 1979¹³.

Y a esta primera aproximación siguió un segundo proyecto llevado a cabo en colaboración con el Dr. Paul H. Bowman de la Universidad de Kansas, realizado en el marco de los acuerdos que se celebraron entre las ciudades de Sevilla y Kansas y financiado por el Comité Conjunto Hispano-Norteamericano y el I.C.E. de la Universidad de Sevilla. Este proyecto, titulado *Factores no escolares que afectan a la calidad de la educación en Sevilla: desarrollo de métodos e instrumentos para la integración del individuo en una sociedad urbana*, reunió en torno al mismo problema a pedagogos y antropólogos, y fue un intento pionero de producir conocimientos y recursos metodológicos y técnicos para la mejora de la planificación educativa. Una aproximación a lo que después se conocería como Antropología de la Educación. En este proyecto tuve la oportunidad de trabajar junto con el Profesor Jiménez Núñez y aprender de su experiencia en el trabajo de campo etnológico y de las posibilidades que tiene la Antropología Cultural (una disciplina que se había dedicado fundamentalmente al estudio del otro lejano y extraño) para el conocimiento del entorno más próximo y para aportar conocimiento e instrumentos para la resolución de problemas sociales. Esta experiencia y aprendizaje fue vital en el desarrollo de mi posterior carrera profesional e investigadora.

Después de los años que pasó ocupado en la planificación de los aspectos culturales de la Exposición Universal de Sevilla (Expo 92) formando parte del equipo del Comisario

13. Alfredo JIMÉNEZ NÚÑEZ, *Antropología Cultural. Una aproximación a la ciencia de la educación*, INCIE, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1979.

General Manuel Olivencia, el Profesor Jiménez Núñez volvió a la universidad y a hacer lo que más le gustaba: enseñar y escribir. De estos años de reposo académico fueron producto un interesante trabajo a caballo entre la Antropología y la Historia sobre el barrio granadino del Albaicín¹⁴, y una importante obra sobre la vida en la frontera entre México y lo que después fueron los Estados Unidos de América del Norte durante el período colonial: *El Gran Norte de México: Una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)*¹⁵. Este trabajo que vio la luz en 2006, suponía el regreso cincuenta años después, desde la serenidad de la jubilación, al área y los hombres que constituyeron su primer interés en los comienzos de su carrera: la Nueva Vizcaya¹⁶ (el espacio ocupado por los estados mexicanos de Chihuahua y Durango, áreas del oriente de Sonora y Sinaloa, y el suroeste de Coahuila) y el territorio estadounidense de Nuevo México.

Es así que Alfredo Jiménez Núñez, a lo largo de los casi cincuenta años en que estuvo académicamente activo, contribuyó de forma notable al desarrollo de la Antropología Cultural en España, a su institucionalización como una disciplina distinta y distinguida en el mundo académico. Aportó al progreso metodológico de distintos aspectos disciplinares tanto en el campo de la Etnohistoria o Antropología Histórica como en el de la Etnología —la historia oral y la autobiografía como fuentes para la etnografía y los estudios de Antropología Urbana—, así como a la utilización del conocimiento antropológico para la resolución de problemas sociales, específicamente en el campo de la educación, todos ellos aspectos pioneros en la academia española.

Esta tarea, añadida a la que sus discípulos han desarrollado posteriormente, hacen que Alfredo Jiménez deba ser considerado como uno de los pilares de la moderna Antropología

14. Alfredo JIMÉNEZ NÚÑEZ, *El Albaicín de Granada. La Vida en un barrio*, Ediciones Guadalquivir, Sevilla, 1999.

15. Editorial Tebar, Madrid, 2006.

16. Alfredo JIMÉNEZ NÚÑEZ, "Etnohistoria de la Nueva Vizcaya", *Anales de la Universidad Hispalense*, 27 (1967), pp. 37-91; A. JIMÉNEZ, *Los hispanos de Nuevo México...*

Cultural en España. Su aportación se hizo siempre desde la discreción, desde la consideración del trabajo como una de las obligaciones que tenía como hombre, como ciudadano y como académico, que no siempre jugó en su favor. Su carácter discreto y humilde, sin propensión a la alharaca y el autobombo tan comunes entre la fauna académica, haría que el fruto de su obra no siempre fuera reconocido en su vida activa, pero se irá haciendo cada vez más evidente con el paso de los años.

* * * * *

Por todos estos motivos se puede afirmar que Alfredo Jiménez Núñez ha hecho méritos suficientes como para permanecer en nuestra memoria durante generaciones. Como académico permanecerá en su prolífica y diversa obra científica y literaria, y en su aportación a la mejora de las instituciones en las que trabajó. Como buen padre que fue, permanece en sus hijos y nietos que le honran. Como maestro, en sus discípulos, entre los que me encuentro, y de cuyo magisterio nos sentimos honrados.

Muchas gracias.